



Diálogos sobre el deseo de los hombres consumidores de sexo pagado

Dialogues on the Desire of Men Consumed Paid Sex

Álvaro Martino Mantilla Herrera

Universidad de Salamanca, España

alvaromantillah@gmail.com

Recibido/Received: 28/11/2017

Aceptado/Accepted: 19/03/2018

RESUMEN:

El presente trabajo plantea -desde la mirada de los estudios de género- los encuentros, tensiones y experiencias de una trabajadora sexual que fue traficada desde Colombia hacia Ecuador. Específicamente, se recoge su percepción sobre el deseo masculino por parte de los consumidores de sexo pagado y las relaciones de género que se dan al interior de los ámbitos familiares que posibilitan el mencionado consumo. Todo ello facilita relaciones de violencia explícitas y simbólicas que son desplegadas dentro de las exigencias homosociales de la *doxa* del “deber ser” masculino.

Palabras clave: Consumidores de sexo; relaciones de género; trabajo sexual; violencia simbólica; construcción de identidad.

ABSTRACT:

This work proposes -from the perspective of gender studies- the encounters, tensions and experiences of a sex worker who was trafficked from Colombia to Ecuador, her perception of the male desire of paid sex consumers and the gender relations that they are given within family environments that allow the consumption of paid sex, which facilitates explicit and symbolic violence relationships that are deployed within the homosocial demands of the doxa of the heteronormative masculine mandate.

Keywords: Consumers sex; gender relations; sex work; symbolic violence; identity construction.

Introducción

El presente documento es parte de un estudio mayor de tipo etnográfico realizado para comprender la trata de personas con fines de explotación sexual. El trabajo aborda las experiencias y el discurso de las trabajadoras sexuales, y su mirada con respecto al deseo masculino de los hombres consumidores de sexo pagado y la construcción representacional en este tipo de relación de género, en el cual las mujeres aparecen como objeto de deseo.

Desde la perspectiva de los estudios de género, Scott (1996) subraya el carácter cultural e histórico de las relaciones de género y sus implicaciones en la economía del poder que se expresan en este trabajo. Estas relaciones, como señala Butler (2002), poseen un carácter performativo centrado en el lenguaje que impone ya las divisiones rígidas masculinas y femeninas ancladas a los cuerpos que son producidos por esta performatividad del lenguaje. Así mismo, Fuller (2001) y Connell (2003) señalan la existencia de un sesgo masculinizante en

lo cotidiano, que presiona a los sujetos hacia estereotipos que definirán sus identidades de género, los mismos que aparecen en este estudio.

Desde este reservorio teórico, nos preguntamos, ¿cómo se explican las mujeres que venden sexo las conductas de sus consumidores?, ¿qué tensiones hay en las representaciones masculinas sobre las relaciones con mujeres alquiladas para sostener sexo y las parejas de estos hombres? Con estas interrogantes se quiere comprender los derroteros del deseo masculino en la interrelación del sexo pagado y ampliar el conocimiento sobre el continuum sexo-género.

Establecí contacto y realicé las entrevistas por medio de la apertura que me dio el trabajo de campo que desarrollé con mujeres trabajadoras sexuales indocumentadas en la ciudad de Quito, después del allanamiento el 10 de diciembre del 2008 del *nigth club* de elite llamado Doll House. Dentro del establecimiento se encontraban alrededor de 25 jóvenes que fueron llevadas a varias casas de protección a cargo de ONG's vinculadas al estado de Ecuador. En este contexto, se inició un proceso judicial por trata de mujeres con fines de explotación sexual, teniendo como resultado final que algunas mujeres fueron entregadas a las autoridades de Colombia en la frontera colombo-ecuatoriana de Rumichaca.

De todas las mujeres entrevistadas y de la observación en el trabajo de tipo etnográfico establecido desde entonces, elegí mantener el dialogo a través del tiempo con algunas de esas jóvenes para fines de investigación. En este contexto, parte este recorrido que propongo a través de la mirada de una de estas mujeres que llamaremos Cleo, tal y como eligió ser llamada para proteger su identidad.

La entrevista con Cleo se aborda metodológicamente en un formato de *diálogo*, que permite una entrevista en profundidad de tipo abierta. Como lo señalan Taylor y Bogdan,

“Por entrevistas cualitativas en profundidad entendemos reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras. Las entrevistas en profundidad siguen el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas” (Taylor & Bogdan, 1994, p. 101).

Dado lo anterior, buscamos realizar diálogos generadores de conocimientos nuevos sobre cómo las trabajadoras sexuales se explican el encuentro con el *otro* en su actividad, entendido como el sujeto masculino, heteronormativo, con toda la carga de dominación que implica haber socializado en estas estructuras, estructuradas y estructurantes. A decir de Pierre Bourdieu (2001), las conductas de los sujetos, en este caso las conductas de dominación, se encuentran implícitamente “salvaguardadas en su integridad” por medio de estrategias nunca confesadas. En estas, sus elecciones se articulan en un todo coherente que hacen cumplir la función de dominación, principio unificador, “en su condición de estructuras estructuradas (*opus operatum*), que la misma estructura estructurante (*modus operandi*)” y que operan en forma inconsciente manteniendo el statu quo en su beneficio (Bourdieu, 2001, p.117), ejerciendo el dominio sobre las producción y reproducción en las relaciones sociales.

Cleo es una trabajadora sexual que comienza ejerciendo su actividad a los 16 años en la ciudad de Cali, Colombia. Proviene de una familia campesina, desplazada por la guerra interna. En esta familia, según narra, los hombres impiden que las mujeres estudien o salgan de la casa sin estar casadas. Ella, junto con una hermana menor, huye cuando los paramilitares asesinan a su padre en la finca donde trabajaba y, después de buscar muchos empleos en la ciudad de Cali y Medellín, entra en el trabajo sexual.

Cleo es una mujer alta, rubia, con facciones eslavas, lo que le ha permitido vincularse con sectores de la élite blanco-mestiza en su oficio. Ello permite en este diálogo y en la

investigación etnográfica mayor, acceder en parte a los discursos de relacionamiento con las elites blanco mestizas masculinas locales a través de su mirada. En el año 2008, Cleo se trasladó a la ciudad de Quito, Ecuador para acrecentar sus ingresos, debido a que el cambio de divisas les favorece a las personas provenientes de Colombia.

Ella, junto con todas las otras jóvenes, fue contactada en Colombia por Dora, una mujer mayor que reclutaba trabajadoras sexuales para pasarlas a través de la frontera de Rumichaca hacia Ecuador, límite norte entre Tulcán (ciudad fronteriza del lado ecuatoriano) e Ipiales (ciudad fronteriza del lado colombiano). Dora hacía los contactos en los *nigth clubs* colombianos para el traslado, según acuerdos económicos con las trabajadoras, que nunca se concretaban como habían sido pactados. Este enganche de Dora se realizaba con los escasos grados de libertad que permite el comercio sexual, esto es, presiones y convencimientos de los dueños de *nigth clubs* locales para recibir dinero y participar de la red de tráfico internacional que reditúa beneficios no solo económicos sino de pertenencia a organizaciones subalternas. Esta operación de convencimiento y traslado frecuentemente abastecía a exclusivos *nigth club* principalmente de la ciudad de Quito.

Desde esa época del allanamiento y posterior proceso judicial a los administradores del Doll House, la mayoría de las jóvenes trabajadoras cambiaron sus declaraciones por presiones y/o dineros recibidos haciéndose ellas mismas responsables de haber mentido sobre la falta de documentación portada y silenciando situaciones de explotación laboral que he recopilado en el estudio etnográfico mayor. En este contexto, he podido ir sosteniendo diversos encuentros con algunas de las mujeres que no fueron deportadas, como es el caso de Cleo, quien tiene una hija menor de edad nacida en Ecuador. En estos encuentros he pretendido ir desenredando poco a poco la problemática del deseo masculino. Entre las trabajadoras entrevistadas para esta parte de la investigación, Cleo fue una de las personas más perspicaces y abierta al diálogo. Estas conversaciones, que fueron efectuadas en diferentes momentos después del allanamiento, dan lugar al diálogo que expongo en este documento.

Metodología

Con Cleo nos vimos en muchas ocasiones para conversar los temas sobre el consumo de sexo pagado en la época posterior al allanamiento del *nigth club* Doll House. También sostuve diálogos con otras jóvenes trabajadoras sexuales, pero el contenido mejor logrado por la profundidad reflexiva fue con Cleo. De tal forma, este documento incluye también otros registros como la entrevista a Eli, joven colombiana de 21 años, trabajadora sexual en Quito y amiga personal de Cleo.

Estos encuentros con entrevistas, observación participante y un largo trabajo de campo con trabajadoras sexuales, sumado a la entrevista a Cleo, Eli y otras jóvenes mujeres son parte de un trabajo etnográfico sobre mujeres traficadas para la Fundación Alas de Colibrí¹, quienes como ONG entre el 2014-2015 estaban comprometidos en una discusión con el Ministerio del Interior ecuatoriano y otras instituciones para debatir sobre la política pública en relación con la trata de personas con fines de explotación sexual en Ecuador.

Por otra parte, en el marco de la metodología usada, un punto a señalar fue la utilización del silencio como opción generadora y evocativa de discurso. Este se utilizó al principio y durante el diálogo, creando oportunidades para la reminiscencia, la asociación libre y el diálogo interno. De esta forma, el silencio de Cleo fue usado para activar en ella los recuerdos de las experiencias vividas en aquel lugar y en relación a su actividad. Como lo señala Sánchez Medina (1992, p. 26), “en la técnica utilizamos básicamente el silencio en el analista, como un

¹ Para obtener más información sobre esta organización, el lector puede acudir a: <http://www.fundacionalasdecolibri.org/>

instrumento que frustra, hace regresar, imaginar, recordar, abrirse al inconsciente” o, como señala Nasio (1996, p.28), “debe hacer silencio en sí para hacer surgir al Otro”.

Por otro lado, consideramos la entrevista como un encuentro entre sujetos dialogantes. Seguimos además la posición de Blanca Muratorio sobre el estatus de herencia colonial del término “informante”. Esta autora señala las posiciones de dominante /dominado en el encuentro etnográfico y reflexiona: “este término (...) inadecuado de “informante”, tiene todavía un legado de paternalismo y condescendencia” (Muratorio, 2005, p.131). Compartiendo esta mirada, proponemos además que el concepto “relato de vida” en el encuentro surge, siguiendo a Bertaux (2005, p.36), desde el momento en que un sujeto cuenta a otra persona, investigador o no, un episodio cualquiera de su experiencia de vida.

Marco Conceptual

Sobre la categoría Género

En esta investigación consideramos que las reflexiones y percepciones de todo ser humano pasan por sus determinaciones de ubicación geográfica, clase social, origen étnico auto representado y construcciones de género-poder. Siguiendo a Joan Scott (1996, p. 289), señalamos que la categoría género pretende dar cuenta de las relaciones sociales entre los sexos, producidas cultural e históricamente y generando tensiones de poder. Dentro de esta conceptualización, existe una tensión no menor, en cuanto a que, las reflexiones sobre género y, dentro de estas, sobre masculinidades, pertenecen a un núcleo investigativo que se construye dentro de un tipo de poder performado² (Butler, 2002), que pretende ser el hegemónico, y se encuentra presente en las ciencias humanas. Entonces surge la pregunta, ¿cómo los hombres vamos a estudiar estas relaciones de poder al estar performados en nuestras percepciones?, ¿cómo podremos mirar-nos con el suficiente extrañamiento para darnos cuenta de cada acto, emoción y pensamiento ideológicamente “naturalizado” por siglos de un *deber ser*? No es cosa menor. Desde el auto-socioanálisis se señala que una de las vías es involucrar nuestra mirada condicionada, como observación de segundo orden (Maturana & Varela, 2003). De esta manera, lo que nombramos como masculinidades fue construido ideológicamente como concepto encarnado en relación con la alteridad. Las masculinidades no surgen como un parámetro unívoco, pues es una coordenada que necesita, a pesar de negarlo, de las otras construcciones de género para ser y diferenciarse. En este caso, estaríamos pensando en el diálogo con una construcción imaginada, fantasmática de “lo femenino” (Chemama, 1996), con la invención del ser mujer, y no digo con la multiplicidad de las femineidades, sino con esa estereotipia unívoca fantaseada desde la dominación masculina en cada cultura “objeto de deseo” y que aleja también a las otras formas de ser hombre, que no corresponden al estereotipo hegemónico de lo masculino, creador de mundos bíblicos y del mercado. Es así como Connell (2003, p. 20) reflexiona sobre la producción de conocimiento:

La ciencia y la tecnología occidentales se encuentran culturalmente masculinizadas (...) las estructuras de poder y comunicación de la ciencia, la reproducción de su cultura interna, todas ellas, surgen de la posición social de hombres dominantes en un mundo estructurado tomando como base el género.

² Como señala Butler (2002, p. 18), “la performatividad debe entenderse, no como un “acto” singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra”.

Lo performado como construcción

En este punto, junto con una perspectiva política, es importante involucrar otra perspectiva más en el debate, que tiene la virtud de transparentar algunos componentes de la ideológica y que es señalada por Judith Butler (2002): el cuerpo sexuado es una norma que dispone a todo ser humano dentro de la lógica cultural, y la materia de los cuerpos es producto del poder que los atraviesa, que los constituye y significa. También esta encarnación posibilita, por medio de actos performativos, irregularidades transformadoras de pretéritas pautas, las cuales van siendo modificadas, incluido al sexo como norma cultural, de tal modo que sexo es, desde el comienzo, pauta normativa; es lo que Foucault llamó un “ideal regulatorio”. “En este sentido pues, el sexo no solo funciona como norma, sino que además es parte de una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna” (Butler, 2002, pp.18-19). Por ende, como toda ideología es o, mejor dicho, se convierte en invisible y “natural” en el ámbito de las prácticas sociales.

También debemos tomar en cuenta en este debate la aparición de un criterio cronológico, en donde el *yo* es posterior a la elección sexual y este es *parlêtre*³ (Miller, 2016), es decir, la génesis inconsciente del lenguaje sitúa al yo y este actúa en su elección. Entonces, en cuanto a sexo, este *yo* se encuentra situado dentro de lo heteronormativo bajo un mandato clasificatorio y excluyente, siendo la adquisición del lenguaje impuesta: es lo que nos separa del propio cuerpo, y viene pre-tejido para nosotros, dándonos nuestro sistema de percepciones.

Por ende, nuestro señalamiento apunta a que no podemos abordar un texto, sea cual fuere (biográfico, experiencial, consciente o inconsciente), sin entenderlo sobre la forma de construcción de esa realidad particular desde donde se erige, que además de implicar que es eminentemente cultural, no obedece a ninguna esencialidad, sino la que es inventada-imaginada y lenguajeada como diría Maturana (1999) o, si se prefiere, co-construida en la praxis, por el colectivo donde se asienta, y que signa diferenciaciones basadas en procesos de dominación, inclusión-exclusión. Como señala Geertz (2003, p.189), “son procesos de entramados simbólico cognitivos extra-subjetivos que nos sirven para interpretar el mundo, siendo esquemas culturales a modo de programas que organizan nuestros procesos sociales y psicológicos”, pretendiendo hacer pasar por natural lo que no lo es, como la división dicotómica de los sexos. Dentro de esta mirada decimos que,

Las masculinidades son configuraciones de la práctica estructuradas por las relaciones de género. Son inherentemente históricas, y hacen y rehacen como un proceso político que afecta el equilibrio de intereses de la sociedad y la dirección del cambio social (Connell, 2003, p.72).

Así como el género implica, siguiendo a Scott (1996), un núcleo que forma las relaciones sociales que se sustenta en las diferencias opositivas entre los sexos que implican relaciones de poder, a la vez, las relaciones de género son percepción de identidad. Como señala Norma Fuller (2001, p.20), la identidad es “una construcción histórica en la que el sujeto, a lo largo de las diferentes etapas de su vida, va reajustando sus definiciones de acuerdo con el momento del ciclo vital en que se encuentra”. Podemos ver que la identidad no es estable, sino recreada dentro de la experiencia diaria.

La dominación como concepto de orden en las prácticas sociales

La noción de Bourdieu (2000) acerca de la dominación masculina puede aproximarnos a ordenar las prácticas masculinas/femeninas y del comercio sexual dentro de la lógica de la

³ El *parlêtre* es el inconsciente de la lengua, un inconsciente lógicamente anterior, y por eso Lacan decía que el *parlêtre* sustituirá al inconsciente freudiano” (Miller, 2016).

economía política que guarda estas relaciones. Nuestra cultura occidental ha construido un andamiaje lo suficientemente ideológico (Fuller, 2017) para que no nos demos cuenta de las presiones sobre un *deber ser* en la dicotomía masculino/femenino, por el despliegue de la violencia simbólica (Bourdieu, 2000), que permite a los sujetos inscribirnos en el lugar de dominación, e implica una relación de poder que perpetúa las formas en que los bienes simbólicos son intercambiados. Al respecto, consideramos que existe un acercamiento entre los argumentos de Butler y Bourdieu, que nos son útiles a la hora de comprender la interacción entre las personas dentro de una cultura. Así, Bourdieu (2000) nos indica que los argumentos biológicos y cíclicos de la construcción de la naturaleza y el orden de las cosas del mundo van de acuerdo con la construcción y los designios “naturales” del cuerpo.

Siguiendo con esta reflexión, si el principio ideológico socialmente construido de división del trabajo (Fuller, 2017; Roudinesco, 2010; Hall, 2010; Jeffreys, 2011), performa la diferencia anatómica y la clasifica en una “validez neutral”, entonces el llamado a juicio, por medio de la argumentación anatómica, aparece como reificado, en cuanto esquema definitorio de la supuesta “objetividad” de las diferencias (principalmente dicotómicas). Por ende, bajo esta lógica objetivante, las diferentes estructuras culturales de dominación masculina pueden “comprobar” que el trabajo sexual es producto de un hecho “natural”. Las divisiones “objetivas” crearían, según Bourdieu (2000), disposiciones corporales que simbólicamente obligan a conductas de sometimiento aceptadas sin discusión, incluso por parte del grupo de sujetos que ocupan la posición en el campo social de la industria del sexo como grupo dominado, para cumplir roles y actividades laborales de explotación vistas como legítimas, normales y esperadas por la investidura de los roles sociales y de género:

Los esquemas de pensamiento de aplicación universal registran como diferencias de naturaleza, inscritas en la objetividad, unas diferencias y unas características distintivas (en materia corporal, por ejemplo) que contribuyen a hacer existir, al mismo tiempo que las “naturalizan” inscribiéndolas en un sistema de diferencias, todas ellas igualmente naturales, por lo menos en apariencia de manera que las previsiones que engendran son incesantemente confirmadas por la evolución del mundo, especialmente por todos los ciclos biológicos y cósmicos (Bourdieu, 2000, p.20).

Sobre el deseo masculino

Es importante en este punto aclarar que, al estudiar el deseo en los consumidores de sexo pagado, que implica el estudio de las masculinidades, no necesariamente está constreñido a un estudio de los hombres, más bien son estudios de funciones y posiciones inter-relacionales, y el objeto de deseo nos sirve para comprender esto. Es así que Araujo y Rogers (2000) señalan, en relación con el objeto de deseo, que este difiere según el lugar que un sujeto asume,

Esto quiere decir que un hombre teniendo como objeto a una mujer pueda estar al mismo tiempo en una posición subjetiva en la sexuación correspondiente al lado femenino. Que un hombre puede gozar de una mujer como una mujer (Araujo & Rogers, 2000, p. 62).

Por ende, en nuestro estudio consideramos que el deseo se forma desde las posiciones a las que un sujeto es llevado por sus circunstancias en las primeras etapas de su conformación en la relación especular con la figura primaria. Este sujeto es llenado de contenidos imaginarios y simbólicos frente al primer escenario, el de la relación materna, ¿Qué desea ella de mí? Sería la pregunta que se repite a lo largo de la vida un sujeto y esta lo lleva a configurar un deseo complejo. De forma que Lacan (2015), citando a Klein señala,

Según Melanie Klein, el niño -les dije- aprehende los objetos primordiales como contenidos, fuera de él, en el cuerpo de la madre. Éste se presenta al

niño como el continente universal de todos los objetos, buenos y malos, que están allí, si no en un caos, al menos en un estado de desorden primitivo. Paso a paso, la experiencia enseñará al niño a captar la pluralidad de esas relaciones múltiples, de esos objetos diversos, despedazados, fragmentados, dentro de la unidad de ese objeto privilegiado que es el objeto materno, lo cual le allanará el camino hacia su propia unidad (Lacan, 2015, p.241)

Ahora bien, ese deseo que se conforma en torno a esa unidad de la que habla Lacan y Klein no es intrapsíquico. Por el contrario, es eminentemente psicosocial. La madre porta la red de significaciones histórico-sociales del grupo de pertenencia y, a su vez, el encuentro con ella del sujeto en la posición masculina y la conformación de su deseo como complejo de fantasías solo surgen y se fortalecen en la relación de la interacción social.

La masculinidad no es solamente psicogenético en su origen, sino también un ideal impuesto por la cultura con el que los hombres deben conformarse, tanto si congenian psicológicamente con él como si no. Es decir, que no es simplemente un reflejo de la psicología individual, sino que es parte de la cultura pública, una representación colectiva (Gilmore, 1994, p. 9).

Así como lo señala Fuller (2017), el deseo materno marca los derroteros del sujeto mediante la socialización primaria y esta siempre va a introducir al sujeto deseante dentro del espacio de las exigencias hegemónicas que están históricamente elaboradas.

A pesar de que la virilidad se define como natural, ya que todo varón nace con órganos sexuales masculinos y posee fuerza, éstos deben convertirse en sexualidad activa y fortaleza (vigor y valentía). Este proceso se define como un desarrollo de cualidades innatas, pero en la práctica es cuidadosamente vigilado y dirigido. De hecho, la socialización primaria en el hogar y entre los pares, así como la ideología hegemónica sobre la masculinidad, están fundadas en el minucioso cultivo de estas cualidades en el niño y el joven (Fuller, 2017, p. 8).

Y es por esta razón que creemos que la génesis del sujeto ubicado en la posición masculina, sea o no hegemónica, configura un cierto deseo masculino que va a cubrir las carencias de esa pregunta por el deseo del Otro, en este caso la madre (Lacan, 2015, p. 412) y luego otras mujeres. Es por eso que Lacan, en su seminario VI, señala sobre el deseo que este emerge como una falta en la palabra y es un efecto de esa falta significativa, que expresa el deseo del Otro. De esta forma, el sujeto va errante buscando elementos simbólicos e imaginarios entrelazados a través de los objetos parciales para intentar construir ese deseo. Es así que la posición y función heteronormativa hegemónica busca principalmente imágenes parciales, debido a su origen imaginario y simbólico a edades tempranas. Esto posee un componente de fragmentación que es muy difícil de superar para quien se coloca en la posición de sujeto masculino. El relacionamiento para la satisfacción de su complejo de deseos es parcial y especular. Es por eso que, en el diálogo que presentamos en este corte investigativo, las referencias dejan entrever partes del cuerpo de una mujer imaginada como objetos del deseo masculino heteronormativo. De ahí que Lacan, en su seminario n°11 (1964), señale que “la relación sexual no existe”, y nosotros rastreamos esa actividad deseante, señalando que,

La actividad deseante de la mayoría de los hombres actúa mediante un deseo fragmentario y que fragmenta por ende a los, las otras. Esto es, que el deseo (simulacro) masculino posee notorias fijaciones de tipo escópicas, arraigadas en el orden imaginario, por ende, altamente agresivas, que se anclan en partes corporales fragmentadas que se desea, no logrando integrar a una mujer o siendo dificultosa esta tarea. Por ende, una mujer no será integrada en su totalidad, sino en fragmentos, esta es la razón de la atracción que

pornografía ejerce sobre algunos hombres y esa es también la razón de los actos de violencia simbólica que deben realizar algunas mujeres siguiendo o captando el deseo masculino. (Mantilla, 2010, p. 112, en Lema, 2014, p.126).

Inmersión Etnográfica y Entrevista

El lunes 15 de diciembre del 2014 salí temprano de mi casa ubicada al sur en la ciudad de Quito. Me encontraba realizando una etnografía sobre temáticas de violencia y tráfico de mujeres para la fundación Alas de Colibrí. Había contactado con algunas trabajadoras sexuales víctimas de trata de personas, entre ellas Cleo.

La pregunta inaugural de nuestra conversación fue: ¿Cuéntame por qué crees que los hombres “van de putas”? Cleo comienza a reflexionar y a responder desde su experiencia de vida.

Ella se plantea la asistencia de los hombres a los prostíbulos o cuando “contratan prepago”⁴ como algo que surge de la comparación del mismo hombre y su mirada hacia la pareja. Según Cleo, esta mirada y la imagen que tiene de la pareja va deteriorándose a través del tiempo, desde el enamoramiento hasta que pasan semanas, meses o años. Esta mirada que propone Cleo pone el acento en una fijación escópica, que Chamama (1996) señala como un conjunto de elementos imaginarios y simbólicos de tipo visual, principalmente anclados en un imaginario representacional estético que cumple con gatillar el deseo masculino. Esto nos hace pensar, a modo de hipótesis primaria, que la mirada masculina estaría anclada primeramente en las formas parciales sobre su objeto de deseo⁵. Estas formas parciales, más un mandato de dominación estética, lo simbólico e imaginario imbricados, se encontrarían en un campo de competencias y puestas a prueba dentro de este campo de dominación masculina (Bourdieu, 2000). De manera constante, mediante la comparación entre tipos de mujeres o sus partes para ser más precisos, se encontrarían incluidas/excluidas como objetos de deseo fantaseados por los hombres, según el discurso estético dominante y dentro de un mercado construido por lo simbólico-imaginario masculino de tipo homosocial y hom(bro) sexuales (Irigaray, 2009, p. 128), que vincula y da prestigio entre hombres y resalta la codicia de poseer y lucir la posesión entre hombres. En el diálogo con Cleo, aparecen sucintamente formas estéticas socialmente deseadas que apuntan a esta posición masculina insistentemente visual-imaginaria.

Mira, tú llegas allá, tú te miras los pies pues bien bonitos, unas manos bonitas, un cabello, de repente te maquillas, puedes tener la cara con muchos barros, con muchos granos, yo que sé que igual te maquillas, eso no se te va a ver, vas a estar con una mujer guapa, bien vestida sexy, mientras que un ama de casa no (Cleo, entrevista personal, 15 de diciembre, 2014).

De esta manera, y como se va desplegando en el discurso, algunas mujeres sienten acentuadamente las diferencias entre un escenario público y otro privado. “Las mujeres no están escondidas en el terreno privado. Ellas están al lado de los hombres que hablan caballerosamente de política. Las mujeres adornan y engalanan” (Bolívar, 2007, p.76).

⁴ La denominación prepago se creó en la etapa del capitalismo neoliberal a finales de los años 80’s, junto con las lógicas de transacciones mediante tarjetas de crédito, donde una persona puede acceder a la compra de uno o varios servicios o productos que ya se encuentran aceptados dentro de una línea de crédito cargada a dicha tarjeta.

⁵ Como señalan Lachanche y Pontalis sobre los objetos parciales: “para los kleinianos, la relación con los objetos parciales no califica únicamente una fase de la evolución psicosexual (...), sino que sigue desempeñando un importante papel cuando ya se ha establecido la relación con los objetos totales. Jacques Lacan insiste sobre este punto. Pero, en este autor, el aspecto propiamente genético del objeto parcial pasa a segundo plano. Lacan ha intentado dar al objeto un lugar privilegiado en una lógica del deseo” (Laplanche y Pontalis, 2001, p.264).

El deseo masculino pasa por un cumplimiento y aparece de diversas formas, asumido como algo dado en la relación, que posterga o impide que se actualice ese *otro* deseo, el de la-s mujer-es, quien debe someterse a una representación para el otro que dicta la cultura y sus significantes. Si pretende ser aceptada, debe someterse a ser protagonista como objeto de deseo masculino. Es en ese discurso de la mirada de exigibilidad-sometimiento, que se instala primariamente, la mujer interpela una necesidad de atención, como una suerte de adaptación de la subjetividad-objeto, paradoja para obtener la validación social en ciertos públicos dominados por la masculinidad hegemónica extremándose todo esto en los prostibulos y *night clubs*. Esta validación sería disputada socialmente en el mercado de las miradas e implicaría el amor/desamor por parte de los hombres, como también la falta, el ir a buscar algo en principio manifestado en el orden del registro de lo visual. Esta falta se inaugura por el extravío, solo que lo que se encuentra perdido es objeto de deseo, y eso, la recuperación de lo perdido, la completitud, para algunos hombres no se encuentra en el hogar con la pareja y en algunos casos nunca estuvo ese objeto en el lugar del hogar. Es así como Cléo menciona: “entonces ellos quieren ir a buscar algo, no sé, algo bonito, eso siempre lo he pensado” (Cleó, entrevista personal, 15 de diciembre, 2014).

La pareja pública, el hogar representado por el compromiso o el matrimonio heterosexual, pueden tener algo no-bonito. La responsabilidad de llevar un hogar o una pareja implican dejar de lado una vida de placeres, de tal forma que, por ejemplo, el compañerismo que demanda la vida de pareja inaugura un espacio de compromiso o un intento de este en la sociedad occidental. Sin embargo, también marca el punto de quiebre que se encuentra cuestionado en todas las latitudes, como si el compromiso fuese una conducta difícil de asumir por el deseo sexual, que en lo masculino se presenta difícil de domesticar o civilizar. Los hombres no deponen fácilmente sus pulsiones dadas desde la dominación masculina como inherentes, “la tendencia poligámica profunda, cuya existencia puede admitirse en todos los hombres, hace que siempre aparezca como insuficiente el número de mujeres disponibles” (Levi-Strauss, 1998, p. 75). Este compromiso de emparejamiento monogámico, mediante un artificio de engaño, rompe con la promesa social de dar satisfacción y promover el ideal monogámico fantaseado de completitud y, por tanto, este se desmorona. Pero el problema no radica en el desmoronamiento de la ilusión monogámica y la posterior transformación de la familia (Giddens, 1998, p.130). Es en la relación intergénero que se continúa perpetuando una práctica de violencia explícita/implícita, en donde la persona que cumple el rol femenino dentro del compromiso no posee los mismos beneficios para buscar su satisfacción pulsional y, en consecuencia, sería excluida en cuanto a sus deseos, gustos, necesidades, e incluso, en algunos casos, llevaría a la posibilidad de destrucción de la mujer, hasta llegar a los feminicidios. Ello supone una lucha de poderes de dominación-sometimiento desplegados en el campo de las relaciones íntimas, que es campo de batalla en el que, este sujeto femenino intenta ser legítimo en una estructura de dominación masculina, y empinarse con dificultad sobre la mirada dominante de ser objeto parcial. Es más, los deseos sexuales femeninos, a la postre, ya fueron etiquetados y deslegitimados dentro de lo patológico como fenómenos de histeria (Freud, 1991a), y “la mujer”, en cuanto propiedad privada del hombre, al quedar en su rol de esposa-madre, es des-erotizada, quedando desplazado y errante el deseo sexual masculino, dejando ese territorio abandonado (el espacio del compromiso), sin nunca haberlo reconocido como un espacio de riqueza inter subjetiva plena en el encuentro erótico.

La familia no solo transmite la ideología dominante, sino que la refleja en su propia estructura jerárquica y autoritaria, basada en una relación de dominación-subordinación entre hombre y mujer. La sexualidad femenina se reprime, al tiempo que se inculca la existencia de un vínculo natural entre sexualidad y reproducción y eso a su vez, determina una división de roles estereotipada, dentro y fuera de la familia (St 1987, p. □□□).

En el despliegue del discurso se destaca que, si bien existe una tensión entre la pareja, que puede llevar a la destrucción de la mujer, también existe la expectativa de seguir siendo el

objeto del deseo del hombre. Esto se realiza a través de la mirada del hombre en tanto que esta pueda recubrir con esa mirada, a través de objetos secundarios, el deseo de la mujer, que, recordemos, siempre se presenta como deseo del Otro cultural⁶, es decir, deseo de ser deseada y el temor a su contraparte, que es el de ser excluida, al ser olvidada por este hombre. Con lo anterior debemos comprender que, en esta diada relacional, nos encontramos aceptando un orden del mundo para haber podido ingresar en una de sus posiciones, sea de sometimiento o dominación,

El orden simbólico se asienta sobre la imposición al conjunto de los agentes de estructuras cognitivas que deben una parte de su consistencia y de su resistencia al hecho de ser, por lo menos en apariencia, coherentes y sistemáticas y de estar objetivamente en consonancia con las estructuras objetivas del mundo social (Bourdieu, 1997, p. 119).

Mientras conversábamos en la hostería, sincrónicamente una pareja y sus familiares llegaron para celebrar una fiesta de matrimonio en el lugar, y este hecho casual nos dio pie para seguir profundizando en algunos aspectos. Es así como, sobre el deseo masculino y el matrimonio, Cleo reflexiona,

Lo más probable es que de aquí a dos años su mujer va a estar vuelta fea, destruida, yo me imagino que el hombre tiene que alentarla a uno, ¿no? - eres una mujer linda vamos que te voy a comprar ropa-, ¡no!, ellos se olvidan de la mujer, se olvidan (Cleo, 15 de diciembre, Entrevista personal, 2014).

Cleo plantea la división de roles de forma clara. La mujer es de “él”, “es suya” y la mirada que propone es desde el Otro masculino hacia el objeto de deseo, dentro de la exigibilidad de que, toda mujer debe mantenerse hermosa para “el hombre”. Los años solo pasan para esa mujer que nos sirve de referencia. Con el objetivo de articular el imaginario de las representaciones sociales que portamos, Cleo ve que el tiempo en esa mujer juega en contra. La “fealdad” y la destrucción amenazan la relación íntima, y ella se pregunta, ¿Qué hace el hombre? El hombre tiene un *deber ser*, “alentarla a una”, el tiempo, la belleza, el deterioro no pasan para él. Esa presión está naturalizada por Cleo: son las mujeres las que deben estar “lindas” y son los hombres los que “se olvidan de la mujer”. El abandono mítico aparece como un fantasma. Esa mujer genérica aparece en escena transformada en un objeto deseable/intercambiable (Rubin, 2013), en el que el rol de mujer trabajadora sexual juega el papel de reemplazo y de valor de cambio en la economía del deseo masculino.

Resulta aparentemente paradójica la demanda de cumplimiento al hombre. La queja es el descuido, el dejar olvidado. El deseo dentro de este tipo de relación de sometimiento puede llegar a un juego de vigilancia del cuerpo ajeno, para que esa vigilancia entregue placer, porque todo cuidado es control. “La vigilancia pasa a ser un operador económico decisivo, en la medida de que es una pieza interna en el aparato de producción y un engranaje especificado del poder disciplinario” (Foucault, 2001, p.180). La demanda de lo femenino sobre la responsabilidad del cuidado masculino es aceptar ser objeto bajo el cuidado; pero, a la vez, bajo ese mismo cuidado, puede llegar a transformarse en un objeto valorado y, de esta forma, llegar a ser sujeto legítimo, ¿Quién desecha o intercambia lopreciado sin dificultad, sin duelo? Cleo está proponiendo una estrategia de resistencia, jugando dentro del universo simbólico de la dominación masculina.

⁶ Otro cultural, entendido como el reservorio de los significantes que se intercambian y que se encuentran en la cultura afectando a los cuerpos, organizando disposiciones y percepciones, es el inconsciente que obliga.

Dentro de esta tensión en la ecuación cultural (hombre comprometido, sujeto de deseo [potencial comprador de sexo] / mujer comprometida, objeto de deseo [potencial madre = valor de uso procreador] / mujer trabajadora sexual, objeto de deseo [valor de cambio placer]), se presenta otra tensión importante, que nace de ser objeto y no sujeto. “La escucha” es un eje, junto con la libertad de expresión, que articula toda relación en cuanto encuentro significativo. Esto siempre y cuando las personas en su condición de género sean consideradas como un legítimo otro. De ahí, la importancia que Cleo plantea de ser valorada, no se puede tener ningún encuentro significativo si no se da esta condición previa. De esta forma, Maturana (1996, pp. 35-36) plantea,

Hablamos de amor cada vez que tenemos una conducta en la que tratamos al otro como un legítimo otro en convivencia con nosotros. Al aceptar la legitimidad del otro nos hacemos responsables de nuestra relación con él o ella incluso si lo o la negamos. Al mismo tiempo, por esto mismo el amor es la emoción que funda lo social.

La conducta de la masculinidad hegemónica dominante en nuestra cultura es reiterativa y se expresa en tener grandes dificultades de escuchar y, por ende, en deponer el centralismo de la comunicación unilateral en toda relación, o no querer hacerlo, en pro de una primacía de dominación. Aunque, en este punto, debo señalar que esto es una diada, en la que ambos integrantes se encuentran con dificultades en la escucha, pero que, en definitiva, se zanján en nuestra cultura, mediante la violencia cada vez menos legitimada del discurso masculino de dominación.

Muchas mujeres, en la convivencia, demandan la intención de obtener palabra plena, y este lugar no es fácilmente aceptado por la conducta masculina que estamos estudiando. Esta demanda en algunas mujeres se manifiesta de múltiples formas, sea pasiva o activa, poniendo límites o ampliándolos. Sin embargo, todo este arsenal de estrategias de legitimación de subjetividad disminuye hasta casi desaparecer radicalmente en la relación comercial del sexo, en donde las mujeres trabajadoras sexuales, al enfrentarse con los hombres, se asumen como quienes deben satisfacer el deseo fantaseado del *otro* deponiendo el propio deseo. He aquí la violencia en este otro tipo de relación, disminuyendo (la trabajadora sexual) su subjetividad al máximo y ubicándose dentro del campo con la marca del estigma, que la disminuye y la pone al servicio del otro: su voz no cuenta, excepto para fingir el placer, para el simulacro que entrega en la transacción del acto sexual. Aquí, el encuentro de las fuerzas se condensa en una relación dominante/dominada.

El campo de poder (que no hay que confundir con el campo político) no es un campo como los demás: es el espacio de las relaciones de fuerza entre los diferentes tipos de capital o, con mayor precisión, entre los agentes que están suficientemente provistos de uno de los diferentes tipos de capital para estar en disposición de dominar el campo correspondiente (Bourdieu, 1997, p. 50).

Por ende, muchas mujeres en el campo de las relaciones de género, al ser objetos de reemplazo, valor de cambio para la satisfacción sexual, son anuladas o reducidas en sus posibilidades de libre expresión como un legítimo otro, jugando un rol, el de objeto para desplegar fantasías masculinas.

Ya de repente están de mala leche con el marido, y ellas no quieren (...) sabes, pero yo no voy a decir- no me jodan, no me toque los senos - porque pa' eso está pagando (Cleo, entrevista personal, 15, diciembre, 2014).

De esta forma como señala Fernández (2002), existen buenos intentos por parte de algunos hombres por obligar a que el otro los complazca en su satisfacción narcisista. Sin embargo, no siempre resulta con la pareja, menos cuando esta ha mantenido su subjetividad en varios

espacios de la vida cotidiana. “La autoridad otorgada a los maridos como gendarmes del hogar implica circularmente el sometimiento formal de las mujeres a sus arbitrios. Así, se entiende que una mujer no debe ponerse alevosa” (Fernández Rasines, 2002, p. 266).

Allá donde se encuentra el problema de la definición de legitimidad del otro en la relación, aparece este deseo masculino que prima y tiene el potencial de expandir su capacidad e imponer su poder y voluntad frente a una mujer en al menos dos formas: a) ampliando, como lo señala Gutman (2015), el discurso socialmente dominante construido simbólicamente e imaginariamente, sobre el argumento de que la pareja dentro de la casa es ante todo una madre y, por ende, reduce su contacto sexual con ella; y b) toda mujer estaría hecha para procrear, cuidar o proteger. Esto se cristaliza luego del parto en una posición auto asumida de rol materno con exclusión del componente erótico-sexual, a modo de violencia simbólica (Bourdieu y Passeron, 1996),⁷ que implícitamente hace tomar distancia sexual al hombre y, en la diada, la propia mujer se concentra con todas sus fuerzas en el desarrollo del infante. Esto, paradójicamente, implica que la mujer se construye a sí misma y es vista con una capacidad/incapacidad: la incapacidad de dar satisfacción sexual a su pareja masculina ya sea por desconocimiento del deseo del otro o incapacidad para descubrir su propio deseo sexual, pero a la vez posee la capacidad para dar amor y cuidado maternal. Aquí, la construcción cultural de dominación simbólica (Bourdieu, 1997) legitima el acceso de los hombres en busca de su propia satisfacción y de poseer la libertad para llegar a comprarla, colocando a otra mujer, otro objeto de deseo (lugar sustituto o valor de cambio), como un otro que “conoce” el deseo masculino o al menos finge conocerlo, en una puesta en escena, un supuesto saber, que debiera cubrir su necesidad de falta y reconstruir una escena primordial sexual.

Es importante notar que, en el dialogo mantenido con Cleo, la mujer imaginada de la que hablamos siempre debe estar en torno a la satisfacción masculina y poco se habla del deseo de la propia mujer como sujeto, a menos que sea al servicio de la satisfacción del hombre. Sin embargo, una vez más, la capacidad de agencia surge en forma compleja y paradójica, en cuanto a que podemos ver que, si esta mujer se entrega a lo demandado por el sujeto masculino, puede llegar a lograr algunos beneficios socialmente valiosos, tales como: estabilidad material, formación de un hogar, obtención de dinero, protección al interior del hogar. Estas son las ganancias secundarias de asumir la posición dependiente dentro de la dominación. Así mismo, es esta mujer imaginada, en tanto pareja, la que no sabe, en contraste con la trabajadora sexual, que desde la mirada de la masculinidad heteronormativa dominante detentaría un saber supuesto a priori, sobre las necesidades y el deseo sexual de todo hombre con quien se tenga que enfrentar. Es así como Cleo se explica que el deseo masculino no encuentre en el hogar su satisfacción,

Porque si la esposa no lo puede hacer bien, no le hace rico (...) puede ser eso que, que no sepan hacerlo.

No sé, no sé, o que de repente que les vayan a hacer sexo oral a ella, - ah que a mi esposa no le gusta que yo le haga sexo oral - entonces, pues no sé, o viceversa, eso también es como una o - yo lo hago con mi esposa y ella no se viene, está ahí como muerta sabes, lo hace como para satisfacerme.

Ellos quieren como algo movido jajaja, sí me entiende que sea ardiente, rico, sea fingido gordo porque esto noventa por ciento es fingido, pero ellos se sienten feliz, fingido ellos no van a saber (Cleo, entrevista personal, 15 diciembre, 2014).

⁷ La arbitrariedad cultural que un grupo o una clase impone presentándolos como dignos de ser reproducidos tanto por su misma existencia como por el hecho de delegar en una instancia la autoridad indispensable para reproducirla (Bourdieu & Passeron, 1996, p.72).

La mascarada debe quedar cubierta por la principal regla de todo contrato social, a saber: nunca desvelar que es un contrato, porque esto sería poner al descubierto que se trata de una escenificación, de un juego social (Watts, 1972), en donde podemos cambiar las reglas. Sin embargo, este no es el caso. El encuentro sexual comercial se da en forma carnavalesca, de fiesta, una alegría que *debe* llegar, porque los hombres y las mujeres que se encuentran en ese espacio social, en ese cruce de exigibilidad social, deben actuar como si los tabúes se pudiesen cruzar, como todo carnaval, emerge una personalidad social diferente a la pública habitual. Además, el juego se reifica y reproduce así mismo. El hombre “debe” sentirse *portador del falo*, “debe” volver a su estado pretérito, antes de la castración, a la que se arriesga día a día en el hogar y en el devenir público, con una pareja al interior del hogar teniendo serias posibilidades de ser políticamente exigente con él, y poner a prueba su virilidad. Aquí, en ese espacio de compra de sexo, se escenifica el *don* en el que, cada hombre, por más miserable que fuese, logra alcanzar el estatus de, como si fuese “padre de la horda primordial” (Freud, 1991b), el portaestandarte masculino.

El lugar masculino de dominio es fingido prolijamente por la trabajadora sexual para el logro narcisista masculino. La recompensa para un consumidor de sexo pagado es verse en toda su capacidad y potencia en la arena sexual, aunque sea un simulacro más, a pesar de que los ingresos para acceder al cuerpo femenino en este lugar de comercio sexual sean pauteados lo mismo que el “encuentro”. Los acercamientos son regulados por una proxémica, norma rutinaria que comienza con la disposición de los cuerpos situados en el espacio, el lugar, sus colores, sonidos y aromas, las distintas tonalidades donde prima el rojo en los escenarios, la medición de los tiempos, y el esperado consumo, rito íntimo de “desnudez” parcial o total, para finalmente terminar el contrato sexual con la despedida fingiendo alegría y festividad.

El control se disimula dentro de los espacios de sexo pagado en ese ambiente de fiesta, y es ejercido no solo por la gerencia que administra, sino por las propias trabajadoras sexuales que permiten o impiden que se les toque de una u otra forma. Aunque los clientes intentan en diferentes avances romper ese control, ya sea por dinero, por hacer beber más a las mujeres u ofrecer algún otro artilugio que rompa el control, este juego transcurre durante todo el encuentro y, al final, se está desplegando ese antiguo “placer de ejercer un poder que pregunta, vigila, acecha, espía, excava, palpa, saca a la luz; y del otro lado, placer que se enciende al tener que escapar de ese poder, al tener que huirlo, engañarlo o desnaturalizarlo. Poder que se deja invadir por el placer al que da caza” (Foucault, 1998, p.59). Es el control sobre el cuerpo que lo somete no sin ese gusto de la captura, en la implantación de mecanismos explícitos y semi ocultos de poder restrictivo, sin que el otro llegue a sentirse mal o molesto.

¡La que quiera da y ya!, ¡ella verá si le dice no dame cincuenta o cien más y yo le doy culito, ya eso depende de cada niña, yo, yo he conocido niñas porque yo he escuchado niñas que me dicen, - yo voy a ir a besarles el pipi gas! [asco] - pues mira hasta dónde llegamos?!, pues hay unas que ...no sé qué tanto tendrá de cierto, porque yo sí lo hago, no sé qué tanto tendrá de cierto el “gas” porque imagínate entonces tú como que no puedes llevar ...-no mi amor tu no sirves- pues es verdad je, imagínate!”

Si ellas lo dicen, pues sai como gente pa´ saber que, si esta no sirve, se supone que yo pienso que, que eso está en el sexo y además si le están pagando, yo no lo veo raro, no lo veo sucio (Cleo, entrevista personal, 15 de diciembre, 2014).

Otra cuestión es la dominación heteronormativa transversal portada por algunas mujeres como guardianas de la masculinidad dominante ante un deseo de otro tipo de masculinidad, no heteronormativo que se encuentra oculto. El testimonio nos lo proporciona Eli, del Doll House. Eli es una joven mulata de unos 22 años. Acompañada de una amiga en la entrevista, me comentó su incomodidad por tener a algunos clientes deseosos de que se les introdujera

objetos por el ano, cosa que para Eli y su amiga representaba una asquerosidad y le provocaba a ambas rotundo rechazo por, según ellas, las claras evidencias de la homosexualidad de este tipo de clientes. Ambas exponían libremente su repulsa guiadas por la idea dominante dentro de la heteronormatividad, en donde un “verdadero hombre” según lo que decía Eli, es el que penetra. Finalmente, Eli comentó que consentía a sus clientes en las penetraciones anales, pero solo porque le estaban pagando; pero, si su pareja se lo pidiera, ella jamás lo haría y es más, lo rechazaría por “marica”.

Hay clientes, un viejo cochino que es abogado y siempre quiere que le meta las bolas chinas por el ano, ¡hay no gas papi, qué asco!, ¿ese tipo es un marica o qué, no cree? Porque un hombre de verdad no hace esas cochinadas papi, ¡un hombre de verdad no quiere que le metan el dedo, o sí? ¡No pues mire oiga, que gas con ese viejo marica! (Eli, entrevista personal, 12 de diciembre, 2014).

La mirada de dominación masculina es continuada y aceptada implícitamente dentro de este relato. Lo que Bourdieu denomina violencia simbólica (Bourdieu y Passeron, 1996) se construye al interior del andamiaje discursivo heteronormativo, en donde “la mujer” debería ser, en cuanto objeto “administrada”. Lo fuerte de este término pasa por debelar de manera cruda, sin visos, el contrato sexual en donde un hombre tiene poder de sacar provecho y riquezas de una mujer, haciéndola suya. Su mujer pasa a ser propiedad y, mediante las instituciones, este acto es legitimado e introducido al orden discursivo.

Hasta 1884, en Gran Bretaña, una esposa podía ser encarcelada por rehusarse a los derechos conyugales del marido y hasta 1891 se permitía a los esposos mantener cautivas a sus esposas en el domicilio conyugal a fin de obtener tales derechos (Pateman, 1995, p. 172).

Esta impronta ha quedado presente hasta nuestros días. Cleo me señala que las parejas usan como artilugios de protección ante las aproximaciones del hombre, una serie de herramientas para alejarlo, principalmente por encontrarse agotadas. Me explica que las mujeres con compromiso terminan hastiadas de tanto trabajo. Cleo se las imagina en casa, planchando, lavando, cocinando, atendiendo a los niños, con todas las actividades y, al final, con muy poco de libido para tener intimidad. En todo caso, esta realidad siempre está supeditada al deseo masculino,

No me toque -vea los niños- tal cosa, bueno, mujeres desarregladas, se ponen de mal genio, yo que sé, pienso que es por eso, sabes. Que son mujeres mal (sonríe) mal administradas. (Cleo, entrevista personal, 15 de diciembre, 2014).

En cuanto a la mirada sobre las conductas de los hombres, Cleo indica que los hombres hacen aproximaciones de seducción, pero si no consiguen sus objetivos, continúan usando su fuerza física para imponerse sobre las mujeres. Cleo sostiene, hablando de un hombre genérico, que este puede desear retener a “la mujer” en la casa e incluso lograr la ruina de ella una vez que ha conseguido sus objetivos, que son el poseerla y/o tener hijos. Luego la esposa debe mantenerlos y toda la parte femenina exigida antes del matrimonio sobre la estética de belleza, “mujeres desarregladas” / (mujer arreglada)”, queda con el matrimonio bajo la premisa de “mujeres mal administradas”. Esto es, lo antes valioso por su estética, ahora lo es por su función de mantener el hogar. Por otro lado, la mujer heterosexual puede sentirse cubierta por el deseo masculino mediante el cuidado expresado a través de la compra de objetos. Esto le llamaría Cleo, “mal administrada” / (bien administrada).

Que le pega a la mujer, eso es guachi, un hombre machista es por ejemplo (...) machistas, me imagino que es un hombre que piensa que una mujer tiene

que estar en la casa, no debe trabajar, tiene que estar fea porque si sale guapa, ellos mismo hacen que la mujer se destruya, después de que se casan, tienen hijos.

Yo pienso en que ellos tienen mucho que ver en que una mujer se arruine, eeh..., es como yo te digo que por ejemplo, por ejemplo, una mujer que sea como la doctora [aludiendo a la fiscal que llevaba el caso], que no tengamos que depender de ningún hombre, para mí es un hombre machista, un hombre que esté con una mujer sumisa, no es la mujer, es el hombre, una doctora, no tiene que ser doctora, porque yo también me pongo de ejemplo, mi ejemplo..., que llegara a vivir con alguien, no digo que lo dudo, porque no lo dudo, eso va a ser, no!, así yo sea simplemente una ama de casa, pero también, en que él me compre mis cositas, mis cremitas, no dejarme botada, de que no tengo! ves, ni con el colegio, ni con el niño (Cleo, entrevista personal, 15, diciembre, 2014).

Para Cleo, la problemática de división sexual del trabajo y el menosprecio aparece como “ser independiente”, una “doctora” o ser dependiente, “mujer sumisa”, como una “simple ama de casa”. También existe una conciencia de la necesidad de autovalencia y del intercambio de *dones* necesarios para que una relación funcione en la reciprocidad, pero siempre, dentro de la dominación en la que el hombre se hace cargo del reconocimiento, de dar legitimidad a la mujer. Así aparece “él me compra mis cositas/no dejarme botada”, “las cremitas”. El hombre deseado para Cleo además es uno que acompañe en la crianza, “ni con el colegio, ni con el niño”, dentro de la esfera heterosexual normada. Existe implícitamente una necesidad del cuidado, pero la dominación se encuentra en que, ella será propiedad privada de la sexualidad masculina y, a cambio, este hombre representante del ideal heteronormativo dominante debe proveer, como lo llama Cleo, de “cositas”. Ese es el contrato sexual que nos propone Pateman, anteriormente citada, y se añade a lo que Stolcke (1982) indica con relación a que, en el contrato sexual, el hombre provee de bienes materiales a cambio de que la mujer entregue su cuerpo y, específicamente, su útero como medio de producción de placer y reproducción de la especie a manos de este hombre. “Aunque se redefiniera la división doméstica del trabajo, ello no eliminaría la fuente de la propia subordinación de las mujeres, que es la propiedad privada de su sexualidad en el matrimonio y la familia por parte de los hombres” (Stolcke, 1982, p. 30).

Conclusiones

Durante este recorrido, hemos avanzado por el discurso de una trabajadora sexual sobre la masculinidad heteronormativa que, a modo de dominación, se filtra en la construcción de su concepción sobre la femineidad. En esta, surgen pasajes que revelan el deseo escópico de la belleza, como una prioridad discursiva que aparece en primera línea, imbricada a la tensión entre ser sujeto de deseo y ser objeto de deseo masculino, ambos resueltos en el discurso de dominación. El sujeto de deseo finalmente trasmite el deseo de ese otro masculino representado. De ahí, las posibilidades de unión/confrontación entre la trabajadora sexual y la esposa imaginada, según esta óptica, se refieren permanentemente al deseo masculino como algo que debe ser cumplido y el propio deseo masculino aparece como un lugar narcisista, pretérito, un lugar que hay que recobrar, un recuerdo de épocas a lo menos edípicas (Lacan, 2015, p.412), enquistado en el cuerpo masculino y en las estructuras del cuerpo psicosocial del deseo.

También vimos cómo la violencia simbólica (Bourdieu, 200, p.59) se encuentra enquistada dentro del discurso, en donde ambos dialogantes no logramos escapar de la dominación. Por otra parte, y dentro de esta violencia transversal en las representaciones del deseo, la aparición de la familia y el matrimonio surgen en un movimiento paradójico, presentándose como instituciones heteronormativas que, de algún modo, son puestas en tela de juicio y que expresan una crisis social no reciente sino estructural de esas instituciones y, a la vez,

aparecen bajo un deseo de pertenencia y de exigencia al hombre dentro del pacto matrimonial, “un pacto interpuesto y voluntario de sujeción por parte de la esposa” (Pateman, 1995, p.72).

El análisis, en cuanto a la violencia, revela una adjudicación de responsabilidad dual hacia el hombre en la relación. Este es representado como un sujeto capaz de lesionar severamente la integridad femenina, al ser un otro necesario a la vez que figura portadora de poder. De ahí que surja en ocasiones como alguien peligroso, no digno de confianza y responsable de la destrucción femenina y también como proveedor de cuidados, protección y responsabilidad por “administrar” como “dueño” a la mujer imaginada.

En definitiva, la respuesta a la pregunta inaugural jamás es definitiva. Sin embargo, permanentemente bordea el deseo masculino, un deseo polimorfo, en el sentido de que, siguiendo a Araujo y Rogers (2000), el Otro universal se ha desvanecido y el sujeto, particularmente, el masculino, se desdibuja también al no tener un imperativo simbólico al cual referenciar, aunque siempre la responsabilidad por activar y encausar ese deseo recae en la madre-mujer-trabajadora sexual como objetos contenedores de ese deseo. Por ende, cada sujeto puede y busca querer realizar su ley (Araujo & Rogers, 2000, p.65). El arrendar un cuerpo para satisfacer sus deseos de goce implica una cierta perversión, al ver al otro no como un legítimo otro, sino como una mercancía de objeto parcial, fragmentaria, paso que ha llevado a una gran parte de la humanidad a construir una ética del deseo perversa.

Referencias Bibliográficas

- Araujo, K. & Rogers, F. (2000). El hombre: ¿existe? En J. Olavarria & R. Parrini (Ed.), *Masculinidad/es. identidad, sexualidad y familia. Primer encuentro de estudios de masculinidad* (pp. 62-65). Santiago de Chile: FLACSO Chile y Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida*. Barcelona: Editorial Bellaterra.
- Bolívar, I. (2007). Reinados de belleza y nacionalización de las sociedades latinoamericanas. *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, 28, 71-80. <https://doi.org/10.17141/iconos.28.2007>
- Bourdieu, P. y Passeron, J.C. (1996). *La Reproducción; Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México, D.F.: Editorial Fontamara.
- Bourdieu P. (1997). *Razones Prácticas*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación Masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2001a). *¿Qué significa Hablar?* Madrid: Editorial Akal.
- Bourdieu, P. (2001b). *Estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Bourdieu, P. & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Chemama, R. (1996). *Diccionario del psicoanálisis; Diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Estolen, K. (1997). *A media voz*. Quito: Editorial Ceplaes.

Fernández Rasines, P. (2002). *Diáspora africana en América Latina: discontinuidad racial y maternidad política en Ecuador*. Bilbao: Servicio Editorial del País Vasco.

Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad vol. I, la voluntad del saber*. México D.F.: Editorial Siglo XXI.

Foucault, M. (2001). *Vigilar y castigar*. México D.F.: Siglo XXI.

Freud, S. (1991a). *El chiste y su relación con el inconsciente. Obras completas tomo VIII*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1991b). *Tótem y Tabú. Obras completas tomo XIII*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Fuller, N. (2001). *Masculinidades: Cambios y Permanencias*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fuller, N. (2017). *No uno sino muchos rostros: Identidad masculina en el Perú urbano*. Material editado para uso de la cátedra: antropología social y cultural. Recuperado de http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/3.p_identidad_masculina_en_el_peru_urbano_editado.pdf.

Greetz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Editorial Cátedra.

Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Editorial Paidós.

Hall, S. (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. E. Restrepo, C. Walsh & V. Vich (Eds.). Bogotá: Instituto de estudios sociales y culturales Pensar - Universidad Javeriana - Envió Editores.

Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Editorial Akal.

Jeffreys, S. (2011). *La industria de la vagina*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lacan, J. (2015). *Seminario n°6 "El deseo y su interpretación", 1958-1959. Texto revisado por Jacques-Alain Miller*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Laplanche, J. & Pontalis, D. (2001). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Lévi-Strauss, C. (1981). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Mantilla, Á. (2010). *Contextos, transgresiones, confrontaciones y miradas de la explotación sexual a mujeres en Quito: el caso la luna y otras tensiones*. Tesis de Maestría. Quito: FLACSO Sede Ecuador. Recuperado de http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/7480#.Wi_yxkribIU.

Maturana, H. (1996). *El sentido de lo humano*. Santiago: Dolmen ediciones.

Maturana, H. y Varela, F. (2003). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

Miller, J. (2014). *The Unconscious and the Speaking Body. Presentation of the theme for the Xth Congress of the WAP in Rio de Janeiro in 2016*. Recuperado de http://www.congresamp2014.com/es/template.php?file=Textos/Presentation-du-theme_Jacques-Alain-Miller.html. Recuperado el 15-11-2017.

Nacio, J. (1996). *Cómo trabaja un analista*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos - Universidad Autónoma Metropolitana.

Roudinesco, E. (2010). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Rubin, G. (2013). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política del sexo. En M. Lamas (Comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 35-96). México D.F.: Programa Universitario de Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.

Sánchez Medina, G. (1992). *Los silencios de la técnica y clínica psicoanalítica*. Revista Medicina. Academia Nacional de Medicina de Colombia, 14(4), 25-26. Recuperado de <http://revistamedicina.net/ojsanm/index.php/Medicina/article/view/31-5/1100>.

Scott, J. (1996). El género. La categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México D.F.: Programa Universitario de Estudios de Género - Universidad Nacional Autónoma de México.

Stolcke, V. (1982). *Los trabajos de las mujeres*. En M. León (comp.), *Sociedad, Subordinación y feminismo*. Bogotá: Editorial Acep.

Taylor, S. & Bogdan, R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Velásquez, S. (2003). *Violencias cotidianas, violencias de género*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Viveros, V. (2002). *De quebradores y cumplidores*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Watts, A. (1972). *Psicoterapia de este, psicoterapia de oeste*. Barcelona: Editorial Kairos.